

Gerente: Juan Antonio Catena.  
Año XXXI. Núm. 10.872.

Diario republicano.  
Fundador: D. Antonio Catena y Muñoz

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid: Un mes. UNA peseta.— Provincias: Trimestre, CINCO pesetas.— Portugal: Trimestre, SIETE.— Fueros comprendidos en la Unión Postal: Trimestre, DIEZ pesetas.— Demás países: Un año, SESENTA.

Número suelto, 5 céntos.—25 ejemplares, 75 céntos.

TARIFA DE PUBLICIDAD.—4.ª plana, 0,50 línea.—Reclamos, 1,50 línea.—Noticias, 3 pesetas.—Noticias sueltas, 4 pesetas línea.—Sueltos y comunicados a precios convencionales. Esquemas de distribución, govenario y autorizada, según tarifa. Con arreglo a la Ley del Timbre, cada anuncio costará 0,10 cts. de impuesto. (Ley de 14 de Octubre de 1898)

TELEFONO 697 8, MADERA, 8 TELEFONO 697

Director: Roberto Castrovido.  
Domingo, 1 de Julio de 1917.

## YA ERA HORA

### España y los submarinos

El Gobierno, en el último Consejo de ministros adoptó una resolución muy plausible, que ha tiempo se debió tomar; pero que como nunca se tardó en la dicha es buena, merece todo género de plácemes.

Viene el Gobierno con esa saludable patriótica medida a continuar el criterio, no sólo del mismo Gobierno presidido por el Sr. Dato en 1914 y 1915, sino el manifestado por el de Romanones en sus Notas y declaraciones anteriores y posteriores a la declaración de guerra a los neutrales hecha por los imperios centrales en 31 de Enero de este año.

La Nota de Alemania y Austria-Hungría de 31 de Enero de 1917 modifica por completo, no el derecho, sí la costumbre, la práctica observada por los países neutrales para con los submarinos.

En Cartagena entró el «U.—35» y se le permitió salir como si fuese un buque de guerra inglés o francés. Lo que buscaba, sin duda, Alemania, aparte del prurito de conseguir efectos, al enviarnos ese submarino. Clara se vio esta intención con el arribo a Nuport del «U.—53». Los Estados Unidos procedieron con el «U.—53» como España se había conducido con el «U.—35». Quedó equiparada la marina de guerra submarina o sumergible a los acorazados y cruceros de guerra.

Pero después vino el bloqueo de Alemania a Inglaterra, Francia e Italia con la declaración de no respetar ni las barcos de naciones neutrales ni las vidas de tripulantes y pasajeros.

Los Estados Unidos, ante esa declaración rompieron primero sus relaciones diplomáticas con Alemania, y han ido por último a la guerra por la libertad de los mares y el derecho de todos, incluso el nuestro, contra los imperios centrales.

El Gobierno se ha allanado a poner en franquía el «U.—52». Se ha querido cangar de razón. Borrón y cuenta nueva ha venido a decir, pues el decreto guarda íntima relación con el acuerdo.

Se acuerda que el submarino albergado en Cádiz y reparado en el arsenal de la Carraca se dé a la mar, en vez de incautarse de él España. Invocamos preceptos de los Convenios de La Haya que Alemania ha torpedeado mil veces. Pero a renglón seguido el Gobierno decreta que, por última vez hace lo que ha hecho con el «U.—52», y dispone que en lo sucesivo todo submarino que por cualquier causa penetre en aguas jurisdiccionales españolas, será internado.

Esta muy bien. Aplaudimos ese acuerdo que vuelve por la dignidad de España. Lo aplaudimos con sinceridad. Ahora hace falta cumplirlo con exactitud, con rigor, y para lograrlo precisa vigilar, no sólo nuestras aguas jurisdiccionales, sino nuestras costas. Hay que vigilar, hay que exigir a todos el cumplimiento más fiel de la neutralidad.

Nuestro aplauso al Gobierno será mayor cuando veamos que cumple y hace cumplir lo que ha decretado.

## Como suponíamos

Con este mismo título publicó nuestro fraternal colega «El Socialista» en su número de anoche, el artículo que a continuación copiamos.

«Ayer recomendamos la lectura de la información que un revisero taurocino publicaría en el «Heraldo» acerca de la vida íntima del rey. No nos arrepentimos, ni mucho menos, de haberlo hecho, y sólo sentimos que la censura tachase los últimos párrafos de nuestra recomendación, que quedó coja. Son demasiado suspicaces los caballeros censores, porque en nuestras palabras no había malicia alguna.

La información de «Don Pío» desarma a los enemigos de la monarquía, porque demuestra que D. Alfonso es hombre que trabaja mucho, que tiene numerosas y graves preocupaciones, que tiene gustos sencillos, que quiere mucho a la familia, que descansa pocas horas, que se da una vida nada envidiable... Y claro, con un rey así, la monarquía es preferible a la República.

Esta es la conclusión a que parece aspirar dicho revisero taurocino. Y a estas fechas, cuantos pensaban cambiar el régimen político en España, se encuentran desarmados, sin argumentos.

Los Gobiernos monárquicos son a cual peor; uno tras otro han ido demostrándolo; ya no queda partido ni grupo adicto al régimen que no esté desacreditado; ya el país no puede aguantar más. Pero, ¿quién puede pensar en cambiar las cosas sabiendo que el rey apenas tiene un par de horas de reposo al día porque dedica toda la jornada a estudiar los problemas nacionales?

La administración pública es abominable, desastrosa, es la ruina de España y de casi todos los españoles; la vida se ha hecho imposible aquí para quien no sea capitalista. Pero no habrá derecho a quejarse en adelante, porque Pérez Lugín nos ha puesto en antecedentes de que el monarca también vive sin desahogo, puesto que la mayor parte de los millones que paga

la nación a la Casa Real se reparten entre millares de servidores del rey y entre donativos, pensiones, etc.

Los políticos de la monarquía serán ineptos ó perversos ó abúlicos; pero el rey es un excelente español. Los republicanos más intrínsecos accederían seguramente al establecimiento de una República monárquica, presidida por Alfonso XIII. La idea, ya lanzada por alguien, nos parece ahora digna de tomarse en cuenta. Que no se pierda.

En dos ó tres lugares de su información, «Don Pío» insiste en decir que los paseos por la Casa de Campo ó los ejercicios en el tiro de pichón, etcétera, de que los periódicos dan cuenta, no ocupan al monarca más de dos ó tres horas al día, que paga bien después entregándose febrilmente al despacho de audiencias y al estudio de graves temas.

El propio D. Alfonso, en su conversación con el reportero, insiste en ello, haciendo notar que muchos de sus subditos pasan horas y horas en las tertulias de los Casinos, lujo que él no puede permitirse, a pesar de ser rey. Esta muy bien esa observación, y resulta en extremo conveniente repetirla tres ó cuatro veces. No vaya a figurarse la gente que el rey no hace sino divertirse. Como que son excepciones las horas que dedica a los paseos de Doñana, Málpica, Oropesa, Picos de Europa, La Plamencia, etc.

Celebramos haber acertado al juzgar interesante la lectura que anoche ofrecía «Heraldo» de Madrid. Como que seguimos recomendándola, y si no estuviera caro el papel, seríamos capaces de dar una hoja para reproducir algunos fragmentos de la referida información. En ellos aprenderían muchas cosas algunos que se quejan, sin razón, de que las cosas se han puesto imposibles.

## College de Jeunes Filles

Por la falta de espacio no dimos cuenta a nuestros lectores de la primera fiesta que con motivo de la distribución de premios del colegio que dirige Mme. Ventanao, tuvo lugar en el coquetón Salón Benavente. Fuvo no la brillantez de los momentos actuales, pues a pesar del cariño de Mme. Ventanao a sus alumnas, no puede por hallarse contristada ante el conflicto mundial al pensar en su valeroso hijo Roberto, que desde hace tres años lucha en el frente francés por la causa de la libertad y de la justicia, y compense con la intensidad que antes lo hacía.

Como programa del festival en que tomaron parte sus discípulas, a más de escuchar a dos masas corales entonan preciosas y delicadas canciones, se interpretó admirablemente una obra en francés; hubo además recitado de poesías y fábulas en francés y en inglés y proyecciones cinematográficas de cintas hechas por los principales artistas de «films» franceses, a beneficio de los huérfanos de la guerra.

Fue todo el programa educativo y admirable su interpretación por las diminutas artistas, pero en todas se reflejaba la tristeza, pues no podían desprenderse del pesar y del temor que por cumplir con su honor pesadumbre a su queridísima directora al pensar en su pequeño Roberto.

Después de un brillante y cultural discurso del consúl de Francia, en que hizo resaltar las eminentes dotes de su laureada directora a sus alumnas, comenzó la distribución de los espléndidos libros.

Merece principalmente nuestra atención, cada año que se celebran estas fiestas, para las que tenemos el honor de asistir a ellas, el fijarse el aumento creciente que tiene, las triunfos que por el método de enseñanza obtiene Mme. Ventanao en todas aquellas alumnas que presenta a examen en estudios superiores.

Felicitemos a la docta profesora por sus brillantes triunfos pedagógicos, y a la colonia Francesa por la brillante representación que tiene en nuestra patria de la cultura de su país, patria de los más grandes maestros y divulgadores de la ciencia del mundo.

## EN GOBERNACION

### ¡Mañana!... ¡Mañana!

Realmente la entrevista de ayer con el señor Dato dio a los periodistas la sensación de que vivimos en una especie de Arcadia feliz, sin ningún problema a resolver y en el ejercicio de todos nuestros derechos ciudadanos.

La serenidad del presidente del Consejo es una cosa confortante y contagiosa. No produce una grata impresión. Cusi es nos olvidamos que no tenemos garantías. Pensamos que el decreto de suspensión fué una puerilidad cuando no una humorada gubernamental.

Todo esto nos sugiere la cordial serenidad del Sr. Dato.

No pasa nada. Encantados de haber nacido.

Sánchez Guerra enigmático.

Con el optimismo natural acudimos anoche los periodistas a la información de Gobernación.

El subsecretario nos dijo que nos recibiría el ministro. ¿Qué pasó? Nos preguntamos.

Es corriente en estos casos que el ministro no recibe, como no tenga que decir algo que le interese al Gobierno.

¿Qué podría ser?

Esperamos con el natural interés.

Y salió al fin el señor Sánchez Guerra al salón.

No era su aspecto el de una pandereta. Nos pareció ligeramente sombrío.

Nos entregó dos telegramas sin importancia, y esperó. ¿Qué esperaba? Positivamente el ministro ofrecía anoche un blanco que no advertimos. Confesemos nuestra torpeza. Aunque queramos contestar, pero la pregunta no surge. Es tan difícil que se descubre un ministro tan hábil como el Sr. Sánchez Guerra.

En un instante emborrazco.

Surgió al fin la intervención de un completo.

—Se comenta mucho la visita del Sr. Dato a Palacio.

—Sí?

—Sí, señor. Aunque el presidente ha dado

como explicación, que sólo habló con don María Cristina de algunas cuestiones de caridad, no ha convencido a nadie.

—¿Ha dicho el presidente eso?

—Sí, señor.

—¿Y nada más?

—Nada más.

Hubo otro silencio inquietante.

El rostro del ministro marcó un gesto extraño. ¿Fue sorpresa? ¿Estupor?

Un periodista insistió.

—Puede usted decirnos algo de esa conferencia. Si después no le agradan, es las censuras usted mismo.

—Sí, señor.

—¿Sabrán ustedes lo del general Arizón.

—No, señor.

—No es que tenga una gran importancia, pero es noticia. Parece que con ocasión de haberse fundido unos plomos de un tranvía en la Plaza de Oriente, se produjo algún pánico entre los viajeros, que se arrojaron del coche. El general Arizón que iba en el tranvía se dio un golpe en la cadera izquierda, produciéndose una contusión de carácter leve.

Y nada más, señores.

—¿No nos dice usted nada de la visita del presidente a Palacio?

—Mañana, a las once tenemos Consejo. A la salida tal vez les diga a ustedes el presidente algo más.

Así terminó la conferencia de los periodistas con el Sr. Sánchez Guerra.

¿Que nos dirá hoy el Sr. Dato?

## BARCELONESAS

### Las alieyas del Sr. Esteban, ó Barcelona vista por un corazón

Un poco largo me resulta el título, pero expresa bien la impresión de la última obra de teatro que vezo las carteras.

No es un drama, aunque tenga su pequeño dramatismo, sino una comedia, aunque tenga tipos magistralmente trazados, ni siquiera un sainete, pero a las espaldas cuadros de costumbres, que son las escenas de la tienda, convite de boda, merienda en la Montaña Pelada, Procesión, no es nada de eso; es no más que lo que reza el título: las alieyas del Sr. Esteban, pintadas por un artista; los recuerdos que de

nos parecían sentirnos latir entre las manos mientras vemos la obra. Que nos perdona el corazón al al hablar de su obra le hacemos dadas: las manos son siempre duras, ásperas y violentas para un corazón.

Abarca la obra toda la vida del señor Esteban, desde que nace, lo casa su abuelo en 1850, hasta que lo usó el dolor en 1877. Viene de su hijo Ramonet rompe la tradición familiar y quiere ser escultor. Se desentiende ella un turno a la mercadería de la Puntual, que fundara su abuelo en 1880, y no tiene leas, situaciones, enredos, ni cosa alguna, fuera de lo normal y corriente en la vida ordinaria de un mercader que no hace sino palear por el mundo para hacer dinero. Sólo al final viene el dolor a poder algo humana en aquella vida de mercader, que es la menor cantidad de vida que un hombre puede vivir.

La primera «estampa» de estas alieyas surge de presentación de los personajes que van desfilando por «La Puntual». Allí están: el señor Esteban, entonces todavía Estevet, arreglando el escaparate; el señor Pablo, que luego será el número y el pedagogo de Ramonet, siempre resignado a su servidumbre como el pueblo español; el señor Ramón, padre de Estevet y la señora Felicia, su madre, siempre enferma y hundida en su sillón, y a quien el abuelo echa en cara su inutilidad, no para zamborriarla ciertamente, sino por su clara razón de catalán que, se checa tanto.

El abuelo.—Y la pobre Felicia, ¿cómo va? La señora Felicia.—No siempre sin servir para nada.

El abuelo.—Sí; la verdad, mal te está el decirlo y mal me está el repetirlo, pero es la merma de tu casa. Todo negocio y toda familia, tienen que tener avería, y tú eres nuestra avería. Una avería que la lamentamos; la estimamos y la conservamos, pero sea como sea, una avería.

Una pasamos una ojeada a su suegro y le da un sofoco que no sale de él. La señora Felicia dice: «Resignación».

El abuelo, que es la Providencia de la casa, es espíritu de los Estevet, que flota sobre «La Puntual», impregnándolo todo de su «seny» viene ahora a casar a Estevet para que continúe en la casa. No quiere decirle que se casen, porque eso del casarse es un mucho gasto y poco pan y no es de persona razonable; pero le aconseja que se case y como los Estevet son prácticos, la tiene buscando nota, y sus primas, las tres Marías, una comandita de soterranos, han dado los pasos necesarios y pronto vendrán para poner las cosas en regla. Y vienen, un efecto, y tras ellas, con gran gusto de Estevet, se presenta la delgada, escultural, seria y poco comedora, que viene a darse a conocer y a conocer en una de las más deliciosas escenas de la obra, bastante ella sola para acreditar de agudo observador al gran Rusiñol. Y esto es la alieya primera.

En la segunda, el Jardín del general, se declara Estevet, que no quiere casarse sin hacerlo, que siempre ha oído decir que los que se casan se declaran y el quiere hacer las cosas con orden.

En la tercera es la boda, y conocemos al miliciano nacional, echando con el derribo de las murallas, y que más felix que nosotros puede gritar: «Libertad y fuera las cadenas», y al padre de Tomaseta, para quien el honor son los «nuevos» y que advierte al Nacional que allí, en Ribera, pierde el tiempo con su morrión, porque allí bastan las cuatro reglas y aun le reglan el restar y el dividir. Allí el abuelo da una lección a los recién casados...

«Economía», pues, en el gastar, en el fiar, en el vivir, en el hacer favores, en recibirlos, pero no tener que agradecerlos... Allí la novia deja entusiasmado al abuelo, cuando al marcharse indisputado ofrece volver para continuar el banquete, pues aunque se enfriaron los manjares, los comerá recalentados.

«¿Que bella palabra!—exclama el abuelo—, es todo un tratado de economía. Si; los recién casados serán felices por una cosa: porque no será un matrimonio, porque será una comandita».

La alieya tercera termina cuando en la alieya, Estevet y Tomaseta van echando en la bucha los seis duros que iban a gastar en el «Mogorral». «Economía», pues, en el gastar, en el vivir...

En la cuarta alieya Estevet es ya el señor Esteban; es cuando, sucedió a su padre, reformó algo «La Puntual», se enriqueció; pero no tiene hijos, y eso no le entusiasma responsable el abuelo, que aún vive y vigila. Es preciso que la casa siga; es preciso que Esteban

de la semilla de los Estevet, saliendo de la bucha de «La Puntual».

Y sale con su Tomaseta a la Montaña Pelada y allí los onloquece la luz, el sol y el aire, y se van con una coña de obreros monte arriba en el dorado atardecer en busca de la dicha.

De aquella locura salió Ramonet, el esperado hereu; pero... tiene muchas cosas que son de Estevet; pase lo del pelo rizado, pero, ¿y el no querer ser comerciante? ¿Y el amor? ¿Jamás habían llorado los Estevet? ¿Sabían acaso lo que era eso? ¿Por que que medicinas... enseñadas hasta a jugar, bueno, porque se exponía a gastar, pero a leer ¡nunca! Sólo se puede perder, pero a leer ¡nunca!

Ramonet asiste a la Procesión, y vemos desfilar al mejor de Ribera... aquel comerciante que hizo una fortuna con el azúcar... el señor Mateo, el señor Onofre... la fuerza de Barcelona, que van en la procesión echando cuentas.

El final del acto es desconcolorado para el abuelo, cuando sabe que Ramonet se desahoga. «Este niño no es natural; Esteban llora, lee, tiene nervios, se demansa; eso... acabará malamente. Nuestra «Puntual» se tambalea...»

Y tanto! Ramonet quiere ser escultor; un oficio de perdidos, de holgazanes, de pobres. ¿Dónde están las palabras para hablar y las lágrimas para llorar? ¿Y la muerte?»

El señor Estevet, solo ya, porque el abuelo ha muerto, no puede resistir el golpe y muere también el rogando a su hijo no olvide que si algo bueno puede hacer en el camino que quiere emprender, sin él no le habría hecho.

Y Ramonet gime abrazado a las rodillas del padre. A usted le debo todo, padre. Lo de siempre todo. Usted es mi trabajo para hacerme hombre. Yo le seré, padre; ¡yo seré, padre!

Y así terminan las alieyas del señor Esteban.

Y ¿quienes son el abuelo y el señor Esteban y Ramonet?

La crítica, esa maravillosa, dice que el abuelo y el señor Esteban son los barceloneses de antes, los que ganaban, los que no habían vivido para sus hijos pudiesen vivir, y Ramonet, el barcelonés de ahora, el que sabe de la vida.

¿Qué será así; pero yo, en cada calle encuentro «La Puntual», y en todas ellas al señor Pablo, que la tarre y lleva sus libros; al señor Esteban, que arregla el escaparate y al abuelo, que le ceta y dirige. Está, ciertamente, muy reformada, tiene grandes letras, luz eléctrica, teléfono, hasta un botopos a la puerta, y muchos señores Pablo en lugar de uno; pero es la misma mercadería de 1830; y el señor Esteban y Tomaseta siguen un poco diferentes, comen un poco mejor y salen a divertirse con alguna frecuencia, pero siempre piensan igual, ella que la vida es un perseverando poco a poco como aquel que pasa el rosario y el que primero es el negocio que todo.

«Pero y Tomás? ¿Qué habrá sido entonces de Tomás? ¡Oh! Tomás se le sentó la cabeza; al fin y al cabo era hijo del prudente Estevet y de la sensata Tomaseta, y vio que en Ribera y en otros barrios que no son Ribera, lo peor que se puede ser es pobre; comprendió que en esa casa que lleva el nombre de «La Puntual» no puede faltar treneta, moradas, y escupe, al, a raíces, escupe y pinta, y hace música, elevanta las cosas que se hacen con sueños y glorias; pero también tiene «La Puntual» bien surtida de «cruentilla morada» y practica la lección del abuelo: economía en el gastar, en el fiar, en el vivir, en el hacer favores...»

29-VI-1917. Nuño FERRERO

## Lo más urgente

### Para el alcalde

Primero vivir.—La inseguridad en Madrid. Cortinas, ropajes, balcones.—El verdadero pueblo.—Los guardianes indiferentes.—La villa de Vitoria.—La calle de Peligros.—La Gran Vía, el Metropolitano.—Otras novedades.

Primero vivir, luego filosofar; lo que arreglado a la municipalidad podemos expresar así: lo primero, señor alcalde, evitar los peligros que corre en Madrid la vida del ciudadano; después embellecer y deleitar.

Más claro aun; antes que espectáculos teatrales en el Retiro, antes que conciertos, evite el alcalde los riesgos que corre el madrileño, el vecino, el forastero—bonito modo de atraerlos—con sólo salir a la calle.

Dos sucesos han ocurrido que deben fijar la atención del señor alcalde, Prado Palacios.

Anteanoche, a las diez, salió a comprar pan uno de los hijos del conocido y apreciado industrial Sr. Pellico, y al pasar a pocos pasos de su casa, por delante de la número 37 de la calle de Hortaleza cae hecha cascote la cornisa. Un bombardeo zepelinesco. El estruendo de la inercia municipal complicada con la sordidez de los caseros.

Antonio Pellico Remis, un joven muy trabajador, muy simpático, que acaba de ser licenciado en el Cuerpo de Ingenieros, al sentirse herido baja la cabeza, se agacha y aturrido intenta cruzar la calle, casi es atropellado por un tranvía, que logró parar el conductor, cruza y cae desplomado en el portal de la casa de enfrente.

El herido, curado en la Casa de Socorro con algún retraso, pues no estaba el médico y tuvo que esperar, está afortunadamente mejor.

«Casualidad», lo imprevisto, fatality. No. De la cornisa de la casa número 37 de la calle de Hortaleza se desprendió hace unos días un trozo pequeño, como un panecillo. Los vecinos avisaron al casero y no sabemos si a la autoridad municipal. Averigüo el alcalde. Si el recibir el aviso se hubiera reconocido la cornisa, se habría evitado el accidente que lamentamos y que pudo haber ocasionado mayores desgracias.

Y no es la primera vez.

El año pasado, durante la verbena de la Paloma, se desprendió un balcón de cierta casa de la calle del Humilladero ó de Calatrava (no recordamos bien) y murió una niña. Los arquitectos, el constructor y el municipal, que reconocerán la casa merecían sendos procesos.

Una orden general de reconocimiento

to y blanqueo de fachadas daría algún trabajo y evitaría desgracias.

Son muchos los edificios, alguno público del Estado, como el ministerio de Hacienda, en la parte que da a la calle de la Aduana, que tienen las cornisas de modo que amenazan caer en pedruzcos sobre los transeúntes.

En la calle del marqués de Cubas (antes Turco), ocurrió un suceso vulgarísimo; se ocurrió una señora en una cascara de plátano, y cayó. Fue llevada a su domicilio y no se ha dado noticia oficial del accidente.

Las calles están muy sucias y no todo por culpa de la limpieza municipal, sino de la suciedad del vecindario, que es puerco, abandonado, sucio como pocos. Entren todos y sálvese el que pueda.

Hay que barrer mejor. Hay que obligar a venderlas, floreras, etcétera, etc., a recoger hojas, restos de frutas, flores, verduras; hay que obligar a que porteras y comerciantes procedan todos, como hacen algunos, barriendo el trozo de acera de sus puertas.

El alcalde pide denuncias, quejas.

Proteamos complacerle.

Conque haga lo que dejamos dicho; vea cómo están las entrevistas de la calle de Preciados, haga limpiar los alrededores de la Gran Vía, ponga coto a las voladoras de automóviles, de las odiosas motocicletas, peligrosas, ruidosas, pestíferas y de las bicicletas, arregle, al fin, la indecorosa, permanente, infracción de la valla de la calle de Cedaceros, entanche la de Peligros, y prosiga las obras de la Gran Vía, Matadero, Necrópolis y cree grupos escolares podemos proclamar benéfica su segunda gestión como alcalde.

No le pedimos mucho deseosos de que haga algo.

La Gran Vía va de Centro a Centro y el expediente se retrasa.

Ya que no llegó, como pedíamos, a la reserción, que se active, por lo menos, el arreglo concertado y prosigan de una vez los derribos del segundo trozo.

Y la farola levantada en lo que fue Red de San Luis, ¿cuándo se termina?

¿Va a inaugurarse para conmemorar la paz europea ó el levantamiento de la previa censura? Por las trazas.

Lo que parece que no es broma es lo del Metropolitano.

Ayer vimos obreros, máquinas, carros en el tenderete del arranque del segundo trozo de la Gran Vía. Y en los Cuatro Caminos se trabaja también.

## LOS PUNTOS SOBRE LAS ÍES

Hay quien cree, no sé si con sinceridad, que el partido socialista independiente no es sino el efecto de una rabietta mío originada en el fracaso de la huelga general de Marzo. Nada más lejos de la verdad. Aquel fracaso, imputable a distinguidos revolucionarios de esos que alternan las truculentas peroraciones mitinescas con la antebalza en los despachos de ministros y gobernadores, me hizo comprender, sí, que al frente de los organismos obreros españoles no hay precisamente hombres de acción, aunque sí unos honorables señores que son muy buenas personas; pero no me encendí en ira, porque lo ocurrido fué para mí un timbre de gloria, ni me movió a pensar otra cosa que la conveniencia de poner una prudencial distancia entre la sensatez de quienes hicieron el vacío a la huelga de Valladolid, mostrándose celosísimos en impedir que fuera secundada, y este peligroso estado mental mío, que unos, recatadamente, llaman neurastenia, y otros, sin reboso, califican de locura, con gran satisfacción por mi parte, que así me veo diferenciado de esos Panzas. Y perdí el quijotil escudero la mala comparación. Que al fin y al cabo, el no dejaba de ser agudo de intelecto y limpio de corazón.

El partido socialista independiente es, ni más ni menos, que la manifestación del disgusto que ciertas ideas y determinados procedimientos del partido Socialista Obrero venían produciendo hace tiempo en muchos afiliados a esta colectividad. Y digo muchos, aunque ahora resulte que los protestantes seamos pocos, porque muchos han sido y no del estado llano, como pudiera creerse, sino de entre lo más conspicuo, los socialistas a quienes yo he oído en mil ocasiones críticas acerbas contra el Comité Nacional, las «jefaturas», la táctica política, la carencia de atención para las cuestiones doctrinales, etc. Más ha ocurrido, y yo doy mi palabra de honor en garantía de que no invento nada; recientemente, individuos de mucho renombre en el partido socialista obrero me decían que era necesario escindir éste para curar los males que le aquejaban, y algunos de esos individuos, los mismos que otros, no del partido, pero afines a él, me incitaron francamente a que fuese el director de la escisión.

Actitud bien contradictoria de la que ahora se han colocado, unos, recordando que al buen cable llaman Sancho, con lo que no perderán admiradores sus artículos ni ovaciones sus peroratas, y otros, maestros en el arte de Duglesclán, repitiendo aquello de «ni quito ni pongo rey, pero ayudo a mi señor». Su señor, el que puede alestarlos, la esperanza de que la honrada multitud les conceda un acta, aunque sea de concejal. Que, bien mi-

rado el asunto, un acta de concejal por los que necesitamos bromura para los nervios.

Pero vamos a las causas del disgusto. El error fundamental de quienes gobiernan—un poco despoticamente, como hemos de ver—el partido socialista obrero consiste en creer que éste y sólo éste ha estancado el monopolio del socialismo. Algo de lo que en el terreno religioso le ocurre a la religión católica, que se cree única verdadera. Naturalmente, esa concepción rígida lleva directamente a la más sectaria intemperancia dogmática. ¡Ay del que toca a los cánones! Y así, el partido socialista obrero, obstinado, como su denominación y sus campañas lo evidencian, en hacer del socialismo un coto cerrado de la clase trabajadora, el que es empuñecerle, y no una doctrina para la humanidad, declara que el objetivo suyo es la conquista del poder político por aquella clase, la famosa dictadura del proletariado, con la que no podemos mostrarnos conformes quienes creemos, y esto me es una novedad porque antes de ahora lo han repetido muchas veces Bernstein en Alemania, y Jaurés en Francia, que la Democracia tiene virtualmente en el Poder a todas las clases, siendo sólo necesario ir perfeccionándola para que, estando efectivamente todas las clases en el Poder, puedan de mutuo acuerdo dar satisfacción a sus legítimas aspiraciones.

Díran algunos que así rechaza la lucha de clases. Pero, ¿es que hay alguien que la apetezca? La lucha de clases es un hecho que no puede más que reconocerse. Ahora bien, comprendiendo que ese hecho es un mal, hay quienes por haber querido establecer una identidad entre las ideas de Marx y los principios del socialismo, quieren traducirlo en la dictadura obrera como medio de transformación social, mientras que otros, que habiendo sido marxistas años atrás como hoy de los que estiman erróneas y frías muchas de las teorías concebidas hace medio siglo ó más por el glorioso autor de «El capital», entendemos que el término natural de la lucha de clases no puede ni debe ser otro que el advenimiento pacífico y gradual, es decir, por evolución, de una concordia que en el seno de la democracia elaboren las clases todas, una vez que todas hayan llegado a la plena madurez de su desarrollo intelectual y orgánico.

Se ha dicho también, y principalmente por quienes cuidan ante todo para ello no reparan en medios, de que no se les escape la clientela y de acaparar la cantera en que casi exclusivamente hallan sus afiliados, que el partido socialista independiente es un partido burgués. Digo lo que en ocasión análoga respondía Juan Bovio. El ilustre autor del libro «Las doctrinas de los partidos políticos en Europa», acusado por los obreros socialistas nolanenses de propagar ideas burguesas, decía a sus contr